

Su camino fue sacramentario. Sigue siendo aún hoy un camino válido, porque los mismos signos siguen siendo eficaces.

En esta condición sacramental del camino de San Ignacio, vemos no sólo una nota distintiva suya y de su espiritualidad que lo señala dentro de su época, sino una de las razones por las que su espiritualidad mantiene su vigencia y su actualidad y se hace particularmente apta para nutrir y vigorizar la vida de fe católica.

EL CORAZON DE IGNACIO: AFICIONADO SOLO A DIOS

por Diego Javier FARES, S. I. (San Miguel)

Introducción

Buscando un tema para una conferencia que me habían pedido con motivo del año Ignaciano, pensé que podría ser de provecho espiritual hacer una reflexión sobre el corazón de Ignacio. Me interesaba ver la relación entre conocimiento interno del Señor y búsqueda de la Mayor Gloria de Dios. Las posibilidades de manejo textual que ofrecen las Obras Completas puestas en procesador de palabras, me animaron a rastrear en los escritos de Ignacio el concepto de "corazón".

La búsqueda de las veces que Ignacio nombra al corazón dio un resultado escaso, sobrio diría¹. Dos menciones en la Autobiografía², dos en los Ejercicios, citando las bienaventuranzas y el corazón duro de los discípulos de Emaús³. Ninguna en el Diario. Dos en las Constituciones⁴ y un buen número en las Cartas⁵. Sin embargo la impresión de que era un concepto clave,

¹ En los índices de materias y en las Bibliografías sobre Ignacio el concepto y el tema del corazón no suele aparecer expresamente y se lo trata desde otros conceptos. Cfr. el Índice de materias de la BAC; y las "Orientaciones bibliográficas sobre San Ignacio de Loyola", Vol. I (1965) a cargo del P. Iparraguirre, y Vol. II (1965-1976) y III (1977-1989) a cargo del P. Ruíz Jurado), Institutum Historicum S. I., Roma.

² *Autobiografía*, 6; 35. Las citas se tomarán de: S. Ignacio de Loyola, *Obras Completas*, BAC, Madrid, 1963, y se pondrá sólo el título de la obra.

³ *Ejercicios* 278; 303.

⁴ *Constituciones* 134; 551.

⁵ Y en éstas se puede notar que en las escritas por Polanco, su secretario, especialmente en el saludo, suele aparecer el término corazón con más frecuencia. San Ignacio corregía las cartas, y dejó este uso más frecuente de Polanco del término corazón. En los saludos por ejemplo escribía Polanco: "La gracia y amor verdadero de Jesu Cristo Nuestro Señor sea siempre en nuestros corazones y aumente cada día..." (*Cartas* 39); cfr. también en *Monumenta* I Ep. 248; 178; 186; 257; 258. Ignacio en cambio ponía, por ej.: "IHS. La gracia y amor de Jesu Cristo, Dios y Señor Nuestro, viva siempre en nuestras ánimas" (*Cartas* 40); aunque a veces también lo usó: "La gracia y la paz del Señor nuestro Jesu Christo está en nuestros corazones y aumente" (*Cartas* 41).

aunque lo mencionara poco explícitamente, se me hacía presente en su lenguaje de muchas maneras.

En Ignacio, son referencias directas al corazón: la "conciencia", las "afecciones", y todas las expresiones que se refieren a lo "interno", sobre todo en los Ejercicios y muy especialmente en el lenguaje del Diario.

La visión de conjunto de los textos explícitos y de los que hacen referencia al corazón, me dio una cierta intuición de todo lo que significaba corazón para Ignacio. La cuestión era cómo expresarlo. Teniendo en cuenta cuánto medía Ignacio su palabra escrita (quemó muchos de sus papeles antes de morir) traté entonces de valorar lo que nos dejó y de buscar un cierto orden en los textos. Lo primero fue considerar sus escritos en conjunto desde el punto de vista del concepto de corazón, para tratar de verlos como expresión de las distintas dimensiones del corazón de Ignacio.

Todas las *Constituciones*, por ejemplo, se pueden considerar —tomando las palabras de Ignacio— como el "exterior" de "la interior ley de la caridad que el Espíritu Sancto escribe e imprime en nuestros corazones"⁶. Y esta tensión entre lo exterior y lo interior, hace pensar en su esfuerzo por convertir en estructura viviente —sin que se fosilice ni se haga letra muerta— lo más interior de su experiencia: la conducción del Espíritu Santo.

Las páginas del *Diario* —pocas a nuestro parecer, bastantes para el de Ignacio— aparecen entonces como el contrapeso íntimo que revela el corazón de las *Constituciones*, mostrando en qué diálogo de amor y lágrimas en torno a la Eucaristía se gestaron. La estructura más universal y externa, para todos los tiempos, lugares y personas, brotó de lo más íntimo y personal de Ignacio, su corazón en diálogo con el del Señor en la Misa.

La *Autobiografía* viene así a dar razón de cómo fue el proceso de ese corazón tan fecundo en compañeros y en *Instituciones*. Ignacio re-cordó su vida con la conciencia clara de un corazón que había hecho los Ejercicios y estaba aficionado sólo a la Mayor Gloria del Señor.

Autobiografía y Ejercicios, como es sabido, se iluminan mutuamente. La Autobiografía está narrada como entero reconocimiento de los beneficios recibidos y es una verdadera contemplación para alcanzar amor que hace Ignacio al final de su vida. Son sus Confesiones, si pensamos en Agustín.

Los *Ejercicios* son lo que Ignacio aprendió como discípulo del Señor y estructuró como maestro para que otros se ayudaran.

⁶ *Constituciones* 134.

Una experiencia de oración personal y concreta —única diríamos— que paradójicamente es comunicable, estructurable y útil para muchísima gente, de todo tipo, que hace los Ejercicios.

Y si en estos escritos se aprecia la intención universal de Ignacio, tanto en lo personal —Autobiografía y Diario— como en lo eclesial —Ejercicios y Constituciones—, podemos ver en sus doce volúmenes de *Cartas* una preocupación apasionada por lo particular. Su diálogo cordial con multitud de personas y su compromiso con las situaciones concretas de su tiempo, hacen pensar en la sangre de un corazón acudiendo a todas partes del cuerpo.

Sin embargo, mi intento de mostrar el corazón entero de Ignacio, tal como se expresó en sus escritos, debía mantenerlo dentro de ciertos límites. Una imagen general no era suficiente y desmenuzarle el corazón a partir de su lenguaje —trabajo posible ahora gracias a las computadoras— equivalía a perderlo en su deseo más profundo: quedar oculto en el mismo acto de manifestar lo que Dios hizo con él.

Sin renunciar al deseo de saborear el corazón entero de Ignacio, buscándolo en la totalidad de sus "latidos" parciales, traté entonces de encontrar *el modo* que él mismo eligió para revelar su intimidad. Profundizar en el "estilo" equivalía a descubrir la *intención* más profunda de su corazón.

Vino entonces a mi mente, para confirmarme en esto, lo que le sucedió a Ignacio cuando se vio urgido a narrar su vida: cómo dudó frente a la insistencia de sus primeros compañeros por conocer su proceso interior —"el modo cómo el Señor (lo) fue llevando desde el principio de su conversión"⁷.

Contar su vida era mostrar su corazón. Eso era lo que le pedían sus compañeros. Y esta tarea no sólo requería que Ignacio pusiera en juego lo más suyo, sino que comprometía también la imagen que daría del Señor, es decir su teología. De ahí quizás sus dudas sobre hacerlo o no y cómo. No sólo por pudor personal, sino por el desafío objetivo que implicaba releer teológicamente lo que Dios había hecho con él.

El consuelo que experimentó el Padre Cámara, al referirle espontáneamente Ignacio parte de su vida, especialmente sus tentaciones de vanagloria, y la consolación con que lo confirmó el Señor, lo decidieron a acceder al pedido de sus compañeros. Y eligió el modo: narrarla a un interlocutor concreto, a quien había ayudado, y dejarla en sus manos y a su discreción. ¿De qué otra manera podía mostrar Ignacio su corazón sino confiándolo por entero y ayudando a otro?

⁷ *Autobiografía*, Prólogo del P. Nadal, 3.

La Anotación segunda de los Ejercicios puede iluminar la elección que hizo Ignacio del modo, en cuanto a su brevedad y precariedad, propias de un relato oral:

*"La persona que da a otro modo y orden para meditar o contemplar, debe narrar fielmente la historia... discurrendo solamente por los puntos con breve o sumaria declaración, porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia discurrendo y racionando por sí mismo y hallando alguna cosa que haga un poco más declarar o sentir la historia, quier por la racionación propia, quier sea en cuanto el entendimiento es ilucidado por la virtud divina, es de más gusto y fructo espiritual que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia; porque no el mucho saber harta y satisface el ánima mas el sentir y gustar de las cosas internamente"*⁸.

Este modo que usó Ignacio me abrió una perspectiva y me dio una manera de leer la Autobiografía: leerla creativamente, como dialogando. Tratar de relacionar cosas de otros textos que ayudaran a sentir y gustar mejor la historia que nos fue confiada.

Una carta escrita a Sor Teresa Rejadell ilumina la intención de Ignacio. Dice así, hablando de los impedimentos que pone el demonio a los que quieren y comienzan a servir a Dios Nuestro Señor:

*"La tercera arma (que usa el demonio, si ve que uno a superado el temor a padecer "eligiendo querer padecer con Cristo", y la gloria vana, si uno resiste con "humillarse y bajarse")... es otra especie de gloria vana... Así procura que no hable de cosas buenas recibidas de su Señor, porque no haga ningún fruto en otros, ni en sí mismo, tanto porque, acordándose de lo que ha recibido, siempre se ayuda para mayores cosas, aunque este hablar debe ser con mucha mesura, y movido por el mayor provecho dellos, digo de sí mismo y de los otros si halla tal aparejo, y creyendo serán crédulos y aprovechados: así en hacernos humildes, procura de traernos en falsa humildad, es a saber, una extrema y viciada humildad"*⁹.

Si Ignacio se decidió a abrirnos su corazón fue con la sola intención de ayudar. Este ayudar por pura caridad era lo que lo movía más radicalmente en su interior. La Autobiografía, pues, pide ser leída teniendo en cuenta esta finalidad práctica, es decir: buscando una ayuda en el corazón de Ignacio. Leída en este espíritu, según el modo y la intención de Ignacio, aparece como un lugar clave, que él mismo nos dejó, para conocer su corazón.

⁸ Ejercicios 2.

⁹ Cartas 5 (1).

En cuanto texto "literario" es ciertamente algo muy original. No fue escrito por su autor, pero fue contado de manera tal que el redactor asegura que lo transcripto es prácticamente literal. Los títulos de las diversas traducciones reflejan lo difícil que resulta encasillarlo: algunos la han titulado como "El relato del peregrino", otros como "Las confesiones de Ignacio", o los "Hechos", y también las "Memorias"... El título de Autobiografía, más neutro, no debe hacer pensar en una crónica con pretensiones informativas. Tampoco hay que ver en ella una intención meramente moralizante y ejemplificadora.

Llama la atención la imagen de Ignacio narrando mientras caminaba. Exigía ser escuchado y no permitía que el P. Cámara le espicara mucho el rostro. Varias veces cortó el relato por alguna indiscreción de su auditor. E hizo su relación como por etapas, dejando pasar tiempo entre los tres momentos de su narración. Todo esto deja la impresión de que hacía un esfuerzo recreativo que lo cansaba y para el cual necesitaba tomar aliento. Es como si Ignacio hubiera hecho una dramatización de su vida. Una especie de "dramatización para alcanzar amor", en la que revisando su historia, la representó y desde su conciencia clara y madura, la plasmó en una figura definitiva ante un solo espectador, que sería el encargado de transmitirla.

Hans Urs von Balthasar dice que hay ciertos santos que son puestos como lámpara en la Iglesia, y hay que considerar "su existencia, como totalidad, como un fenómeno teológico, que encierra en sí una doctrina viva, fecunda y adaptada a la época, doctrina regalada por el Espíritu Santo y que debe, por ende, ser muy bien atendida, y junto a la cual ya que está dirigida a toda la Iglesia, nadie puede pasar distraídamente"¹⁰. Podemos ver en la relectura que hizo Ignacio de su vida un arquetipo de esta manera de leer teológicamente la vida de los santos.

Vamos pues a tomar como centro los textos de la Autobiografía en que Ignacio mencionó a su corazón, y nos ayudaremos libremente de sus otros escritos para iluminar, establecer relaciones y completar lo que allí "brevemente" manifestó, tratando de sacar un proyección teológica que integre lo humano y lo espiritual.

1. Los recuerdos del corazón de Ignacio

Ignacio consideró importante mostrar el proceso en que Dios.

¹⁰ H. U. von Balthasar, *Teresa de Lisieux, Historia de una misión*, Herder, Barcelona, 1957, pág. 21.



lo hizo adueñarse de su corazón, con todas las vueltas y dificultades de un lento aprendizaje. Fue quizás la mejor manera de ayudar a que su doctrina, tal como la presenta en los Ejercicios y en las Constituciones, se volviera más cercana y apareciera como realizable, al verla encarnada en la figura viviente de la que brotó.

Entremos en la Autobiografía con una apreciación del P. Cámara, que refiriéndose a la memoria de Ignacio deja entrever su corazón:

*"El modo que tiene el Padre de narrar es el que suele tener en todas las cosas, que es con tanta claridad, que parece que hace al hombre presente todo lo que es pasado: y con esto no era menester demandarle nada, porque todo lo que importaba para hacer al hombre capaz (para edificar) se acordaba de decirlo"*¹¹.

La memoria de Ignacio, que se ve en la calidad del relato, muestra que era un hombre que "guardaba las cosas en su corazón". Dicen que la memoria es el termómetro del amor. Y lo que guarda el corazón sólo el amor lo saca a la luz, recordándolo. Por eso la claridad con que recuerda Ignacio transparenta su caridad en el gran deseo de edificar y de "hacer capaces" a los que amaba.

Los hechos narrados por Ignacio —y muy especialmente los del período de Loyola y Manresa— están en relación directa con los Ejercicios¹². Ignacio relató su vida volviendo a sentir y a gustar las mociones que había tenido, las juzgó, hizo notar los contrastes, y mostró los pasos por los que lo llevó el Señor. De esa experiencia¹³ surgieron los Ejercicios, que son la misma gracia que recibió Ignacio comunicada a otros. Una gracia que por haber sido guardada celosamente en el corazón, pudo luego ser recordada y comunicada en una estructura universal.

2. La conversión del corazón de Ignacio

Dos veces nombró Ignacio explícitamente su corazón en la

¹¹ Prólogo del P. Cámara, *Autobiografía* 87,3.

¹² Cfr. A. Rossi, "Y empezó a maravillarse...", *Stromata* 1-2 (1991), pp. 35-104.

¹³ Cfr. *Autobiografía* 99. "El me dijo que los Ejercicios no los había hecho todos de una sola vez, sino que algunas cosas que él observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que podrían ser también útiles a los otros, y así las ponía por escrito, verbi gratia, del examinar la conciencia con aquel modo de las líneas, etc. Las elecciones especialmente me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritu y pensamientos que tenía cuando estaba en Loyola, estando todavía enfermo de la pierna".

Autobiografía. La primera mención está casi al comienzo de su narración y dice así:

*"Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella..."*¹⁴.

La otra está al final del período de Manresa, cuando se puso "... Esta confianza y afición y esperanza la quería tener en camino hacia Jerusalem, y dice así: solo Dios. Y esto que decía desta manera, lo sentía así en su corazón"¹⁵.

Lo primero que salta a la vista en estos textos es que Ignacio narra el drama de la conversión de su corazón. Pasó de tenerlo poseído por una cosa vana, como dice en el primer texto, a querer tener su afición en sólo Dios. Y esto con una conciencia clara de la coherencia entre su sentir, su decir y su obrar, en contraposición a la experiencia de haber estado embebido en imaginaciones vanas.

Afección y conciencia son en Ignacio dos referencias directas al corazón, que ponen estos dos textos en relación con el lenguaje más medular de los Ejercicios.

2.1. El corazón ordenado en sus afectos

Las afecciones son lo más íntimo y oculto del corazón, lo que consciente o inconscientemente nos inclina a tomar decisiones prácticas.

En la Autobiografía, de las tres veces que Ignacio usó el concepto de "afición", dos lo hizo en los únicos textos en que se refirió a su corazón¹⁶. El proceso que relató parte de un corazón que "algún tanto se aficionaba" (a lo que leía de Cristo y los santos) y desemboca en un corazón aficionado sólo a Dios.

Decíamos que el concepto de "afección" es clave en la estructura de los Ejercicios, que son para quitar las "afecciones desordenadas" y "después de quitadas, buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima"¹⁷. Tomando como guía el concepto de "afección" se puede ver toda la estructura de los Ejercicios en su núcleo más íntimo y cordial¹⁸.

Sabemos por propia confesión de Ignacio que en ese tiempo comenzó a escribir los Ejercicios anotando sus experiencias, pero no deja de ser importante constatarlo en su mismo lenguaje.

¹⁴ *Autobiografía* 6.

¹⁵ *Autobiografía* 35.

¹⁶ *Autobiografía* 6; 35; 43.

¹⁷ *Ejercicios* 1.

¹⁸ Cfr. *Ejercicios* 1; 16; 97; 150; 157; 164; 172; 179; 229; 234; 342.

Si valoramos este concepto de afición como un término clave en Ignacio, podemos decir que al utilizarlo en este momento de la Autobiografía, el Ignacio ya maduró, quiso dar a entender que en el tiempo de Manresa se cumplió en él el fin de los Ejercicios Espirituales, en cuanto a ordenar sus afectos, es decir su corazón.

2.2. El corazón consciente de ser campo de lucha

Ordenar algo supone tener claro un fin. Por eso la importancia de hacer consciente el fin. En los *Ejercicios* el concepto de conciencia es usado por Ignacio en un sentido que hace referencia al corazón¹⁹. Podemos decir que para Ignacio, conciencia equivale a lo que en la Biblia se llama corazón, en Pablo espíritu y en Agustín memoria²⁰. Son maneras de nombrar ese centro interior donde el hombre vive unificadamente la totalidad.

Ignacio describe la conciencia, en los *Ejercicios*, como el lugar espiritual donde actúan la libertad propia, la del buen espíritu y la del malo. Hay que sentir y conocer las mociones de los espíritus para recibir las o rechazarlas²¹. Esta conciencia espiritual²² —a la vez contemplativa y activa—, es conciencia de ser campo de lucha de espíritus²³.

La conciencia del Ignacio maduro, que trasuntan los dos textos de la Autobiografía que estamos viendo, es la conciencia lúcida de esta lucha interior.

En el primer texto, vemos la lucha en la descripción que hizo Ignacio de su conciencia embotada de pensamientos, a los

¹⁹ Cfr. M. A. Fiorito, "La conciencia y su examen, según S. Ignacio de Loyola", *Stromata* 1-2 (1979), págs. 69-70.

²⁰ Memoria, para Agustín, significa esa capacidad de estar presente uno a sí mismo, recordando, pensando, sintiendo. Al hablar Ignacio de conciencia apunta más al aspecto que se puede manejar de ese inmenso mundo interior que somos. Es todo lo que nos pasa pero en cuanto es susceptible de ser sentido, conocido, juzgado, ordenado, aprovechado. Es el corazón en cuanto libre; capaz de conocerse y adueñarse de sí, capaz de darse. La palabra misma corazón hace referencia más bien al órgano en donde todo esto se experimenta, donde todo repercute.

²¹ *Ejercicios* 32. "Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, el que sale de mí mera libertad y querer, y otros dos que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo". *Ejercicios* 313 "Reglas para en alguna manera sentir y cognoscer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para rescibir, y las malas para lanzar".

²² No es la conciencia meramente moral (bastaría hablar del propio pensamiento si se refiriera a esta conciencia). Tampoco es la conciencia en cuanto meramente teórica.

²³ Y abarca todo ese mundo interior de tentaciones y gracias que preceden —o bien acompañan o siguen— a nuestra libertad. Cfr. M. A. Fiorito, *op. cit.*, págs. 63-65.

que sólo ponía una pausa ese "aficionarse un tanto" a lo que leía de los santos. Lucha de espíritus por la posesión del corazón²⁴.

En el segundo texto, se nota la lucha en ese tener que afirmar que "lo que decía de esta manera, lo sentía así en su corazón". Y en la explicitación que hizo luego de lo que le costó ser coherente en la práctica, con esto que decía y sentía. Lucha de espíritus por mantener consciente la afición, evitar que se desordene y poder llevarla a la práctica²⁵.

Si las afecciones expresan al corazón en su movimiento, en sus "mociones", y nos dicen que en lo más profundo es "referencia a", adhesión a "su tesoro", la conciencia expresa al corazón en su estar siempre contemplando esas mociones.

Si uno comprende el anhelo de Ignacio, de ser contemplativo en la acción, teniendo en cuenta este núcleo más interior de la persona que llamamos corazón, "contemplar" implica "sentir y gustar", implica discernir los espíritus. Pues la acción "en" la que se contempla es la del buen espíritu, la del malo y la del propio. Y es una acción tal que requiere una decisión a favor o en contra del espíritu que mueve, ya que de eso dependen los pensamientos que uno tendrá²⁶.

La meditación de dos Banderas es la expresión más acabada del corazón como campo de lucha. Por eso la petición es de "conoscimiento de los engaños del mal caudillo, para dellos me guardar y *conoscimiento* de la vida verdadera, que muestra el summo y verdadero capitán, y gracia para le imitar"²⁷.

La sabiduría y la discreción de espíritus no duran —si es que se dan— en el corazón con afectos desordenados. Ignacio mostró cómo su proceso de mayor conciencia fue parejo con la purificación de sus afectos y su adhesión decidida al bien.

Tenemos así una figura dramática de lo que sucedió en el corazón de Ignacio. Un corazón que se había ido estructurando en torno a su afán ilimitado de posesión y de golpe comenzó a tomar conciencia de que él mismo era el objeto de una disputa.

3. El tesoro del corazón de Ignacio

Las dos imágenes contrarias del corazón —poseído por una

²⁴ Cfr. las agudas apreciaciones que hace A. Rossi sobre la relación de este pasaje de la *Autobiografía* con la primera regla de discernimiento. (A. Rossi, pp. 38 ss., *op. cit.* en nota 11).

²⁵ Esto nos recuerda la regla quinta para la segunda semana de EE: cómo "debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos", y ver si "el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien" (*Ejercicios* 333).

²⁶ "Los pensamientos que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación" (*Ejercicios* 317).

²⁷ *Ejercicios* 139.

cosa vana y aficionado sólo a Dios— dicen referencia a otra cosa, a lo objetivo, al “tesoro” de que habla el Evangelio.

Importa profundizar entonces en el contexto de estas dos imágenes, y ver cómo describió el objeto en torno al cual se estructuraban los afectos y la conciencia de su corazón.

“Una cosa vana” y “sólo Dios” eran los dos polos antagónicos en referencia a los cuales se movía su corazón. La cosa vana que posee en oposición al Dios que atrae. La vanagloria en oposición a la Gloria del Dios siempre mayor.

Hay una carta de Ignacio, escrita en enero de 1554²⁸, que toca el tema de la posesión del corazón:

“... Parecióme que debía visitarla por carta, ya que de otro modo no me es posible, y recordar a V. Sria. que suele proceder de este modo la providencia de nuestro amantísimo Padre y sapientísimo médico con aquellos que mucho ama; y cuanto más presto ... quiere llevarles a la participación de su felicidad eterna, tanto más les purga con símiles trabajos en este mundo, en el cual no quiere podamos quietarnos ni reposar en el amor nuestro ... Lo cual, no obstante, sirve para aumento de gloria, si es aceptado con la paciencia y acción de gracias con que conviene aceptar los dones de su paternal caridad, de la cual tanto los azotes como las caricias proceden, y si alguna vía hay para evitar trabajos y aflicciones de espíritu en este mundo, es esforzarse en conformar totalmente su voluntad con aquella de Dios, porque si Él poseyese enteramente nuestro corazón, no pudiendo nosotros sin nuestra voluntad perderlo, no podría acaecer cosa de mucha aflicción, porque toda la aflicción nace de haber perdido o de temer perder lo que se ama”²⁹.

Llama la atención lo de “no pudiendo nosotros sin nuestra voluntad perderlo”. Ignacio considera que “ser poseído” hace a la esencia misma del corazón, y siempre es libre el dejarse poseer, sea por una cosa vana o por Dios nuestro Señor. Pero en el fondo, sólo Dios puede poseer “enteramente”. Es clave esta concepción ignaciana de lo que es la libertad. Ignacio va a mostrar en su experiencia misma esa verdad católica de que el corazón del hombre no está totalmente corrompido, que la gracia supone la naturaleza y que la libertad divina y la libertad humana no se anulan sino que pueden cooperar misteriosamente.

²⁸ Esta carta se sitúa poco después de la primera ocasión en que Ignacio narró su vida —agosto/setiembre de 1553—. Las otras dos ocasiones fueron en marzo del 55 y en setiembre/octubre del mismo año. Cfr. *Autobiografía*, Introducción del P. Dalmases, BAC, 1963, pág. 71.

²⁹ Cfr. *Cartas* 109.

3.1. “Una (cosa) tenía tanto poseído su corazón...”

El temor de perder la honra y el no poder sufrir la reingenua que le afearía, fueron causa de todas las aflicciones que narró Ignacio al comienzo de su Autobiografía. Y el quedar “seco y descontento” después de los pensamientos mundanos, también procedía de haber perdido lo que amaba, ya que las cosas vanas sólo tenían consistencia mientras las imaginaba. Poseían su corazón sólo mientras éste *voluntariamente* las sostenía en su imaginación.

Ignacio experimentaba aquella “posesión” desde dentro, “embebido” en ella. El mundo desplegado por su imaginación desbocada era solo sueño. Esto se manifestaba en su modo de vivir el tiempo —que se le pasaba “sin sentirlo”—; y en su modo de mirar —que “no miraba” lo imposible de alcanzar su fin, de tan envanecido que estaba—.

La contrapartida exterior era su “forzado estar en el lecho”, y también la circunstancia de que “en aquella casa no se halló ninguno de los (libros) que él solía leer y así le dieron un Vita Christi y un libro de la vida de los Santos”. La lectura era la actividad externa de Ignacio, “y leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí estaba escrito”.

Es importante esto de “algún tanto se aficionaba”, pues muestra que el corazón estaba muy poseído por lo vano pero no totalmente. El tiempo que transcurría “sin sentirlo”, encontraba sus pausas: leer “muchas veces”, dejar de leer, pararse a pensar. La mirada de Ignacio, que habíamos mostrado como ciega respecto de lo imposible de sus sueños y absorbida por su mundo imaginario, también se concentraba en lo escrito. La imaginación desbocada daba lugar, en esas pausas, a un pararse a pensar “en las cosas que había leído”, y, otras veces, “en las cosas del mundo que antes solía pensar”.

Pero el “aficionarse un tanto” no alcanzaba frente a la fuerza de esa “cosa vana” ¿Por qué? ¿En qué consistía esa cosa vana?

“Grande y vano” era el deseo de ganar honra que describió al comienzo:

“Hasta los 26 años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en ejercicios de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra”³⁰.

Lo grande era también lo “alto”:

“La señora (de sus sueños) no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguna destas”³¹.

³⁰ *Autobiografía* 1.

³¹ *Autobiografía* 6.

Llama la atención que Ignacio no pensaba tanto en su dama misma, sino en lo que haría por ella. Pareciera que lo realmente "grande" para Ignacio era el deseo de ganar honra. Su dama —de la cual destaca que no era de vulgar nobleza y no otras cualidades— era la excusa para los hechos de armas, y éstos el modo que conocía como más apto para ganar honra.

Esto concuerda con la apreciación de que "no miraba el fin". Su atención se concentraba en los medios exteriores: "lo que había de hacer", "los medios para poder ir a la tierra donde ella estaba", "los motes, las palabras que le diría", "los hechos de armas que haría en su servicio". Todo un mundo, toda una estrategia exterior, con la cual estaba tan envanecido que no miraba el fin.

En este despliegue imaginario de acciones exteriores se nota una tendencia a la rigidez. La misma rigidez que estuvo presente en las "tantas razones" que le dio al alcaide de Pamplona para defenderse, contra el parecer de todos. Y también en el "martirizarse por su propio gusto" para no quedar renego.

Había en Ignacio un énfasis tal en lo externo que sólo se comprende en tensión con eso que describió como un fin vano, es decir inexistente.

Este buscar medios externos para algo grande, por el gusto de lo grande mismo, nos muestra un corazón al que la vanidad le hace experimentar y saborear su capacidad interna para lo absoluto. Aunque lo vano lo tenía *tan* poseído, que lo embecía, la fuerza misma del corazón era mayor. Ignacio hace notar así la importancia de descubrir la afección principal del corazón, y examinar aquello que pretende poseerlo enteramente³². En él era la ambición de lo más grande. ¡Pero su corazón era más grande que la misma ambición!

Y por las "grandes hazañas"³³ reales de los santos el Señor lo sacará de su inmanencia y lo atraerá como el Dios siempre mayor. Ignacio mostró la admirable pedagogía divina que supo encontrar el remedio donde estaba el pecado: en ese deseo fundamental de imitar que es básico en el corazón humano.

Poco a poco el Señor pacificará su ambición sin quitarle fuerza ni riqueza. Irá transformando su deseo de poseer y de imitar, haciéndole descubrir que más en el fondo de su corazón estaba el deseo de servir por amor al que nos amó primero. Así lo expresó Ignacio en una carta que le escribió al Obispo de Targa:

"... Puede el peso del ánima (que es el amor) aliviarse cuando aun en las cosas terrenas y bajas no se hace (uno) terreno

³² Cfr. Meditación de tres Binarios: lo que dice sobre la "cosa adquirida" (*Ejercicios* 149-157).

³³ *Autobiografía* 14.

ni bajo, amándolas todas por Dios Nuestro Señor, y cuanto son para mayor gloria y servicio suyo; que cosa debida es al último fin nuestro, y en sí suma e infinita bondad, que sea en todas las otras cosas amado, y que a El solo vaya todo el peso del amor nuestro; que mucho lo tiene merecido quien (a) todos nos crió, (a) todos nos redimió, dándose a sí todo, que con razón no quiere le dejemos de dar parte de nosotros, quien tan enteramente se nos dio y quiere perpetuamente dársenos" (Ep. 36)³⁴.

3.2. "En Sólo Dios" quería tener aficionado el corazón

El proceso de aficionarse sólo a Dios comenzó en Ignacio por lo exterior y por lo grande. La lectura de la Vida de Cristo y de los Santos le permitió pararse a pensar, a razonar y a experimentar diversos sentimientos, aunque "no miraba en ello"³⁵.

La experiencia de la diversidad de espíritus la describió Ignacio como un abrirsele "un poco los ojos", lo cual le hizo maravillarse y reflexionar. Su corazón se iba haciendo más consciente.

Y la mayor conciencia —esa "no poca lumbre"— era respecto de sus afectos. Los pensamientos del mundo lo deleitaban sólo mientras los sostenía con su imaginación. En cambio la consolación y alegría de los pensamientos del Señor y los Santos, le duraban después de dejados.

Una alegría ponía el corazón al servicio de la imaginación, lo poseía y embecía, y luego lo dejaba seco y descontento. La otra, le permitía pensar, razonar, maravillarse y proponerse cosas... y también salir del propio sentimiento e imaginación y atender a la realidad concreta sin perder el consuelo. Era esa "leticia interna, que llama y atrahe a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor"³⁶.

3.3. El cielo en el corazón de Ignacio

El proceso de aprender a discernir con claridad fue largo.

³⁴ En este texto de su carta al Obispo de Targa, nos muestra el fin de los Ejercicios: que todo el peso de nuestro amor vaya al Señor, y se encuentran en él expresiones de las cuatro semanas de Ejercicios "El fin último" amado en "todas las cosas" —Principio y fundamento—; "La bondad infinita" de Cristo que se dio "a sí todo" por mis pecados —Primera meditación del Pecado—; "con razón no quiere le dejemos de dar parte de nosotros, quien enteramente se dio" —Rey Eternal—; "Quien tan enteramente se nos dio y quiere perpetuamente dársenos" —Contemplación para alcanzar amor—.

³⁵ *Autobiografía* 8.

³⁶ *Ejercicios* 316.

Ignacio dijo que "estaba ciego"³⁷ y que "no miraba" sino sólo a realizar "obras grandes exteriores"³⁸. Pero el Señor "que endereza los corazones"³⁹, le purificaba los afectos. La imagen más clara de que su corazón quedó fundamentalmente integrado en Loyola es la que nos dejó de la gracia que recibía mirando al cielo. Gracia que le duró toda la vida⁴⁰:

"Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio de tiempo, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor" (A 11).

El deseo del Cielo parece un fin más imposible de alcanzar que el de la amada, y sin embargo la consolación que producía en Ignacio le duró de por vida y lo llevó al servicio concreto: he ahí la señal de afición verdadera⁴¹. Lo más grande vive en lo más interior: el cielo en el corazón. De allí en más Ignacio tendrá un corazón "fundamentalmente" consolado.

Desde entonces "pensaba muchas veces en su propósito (de ir a Jerusalem), deseando ya ser sano del todo para se poner en camino". Se ve en la narración cómo al proceso de conversión sigue el del seguimiento. En los Ejercicios esto se da en el paso de la primera a la segunda semana.

3.4. Las luchas del corazón de Ignacio

Sin embargo esta consolación de haber convertido el corazón a su único Señor y de poder conciliar lo más grande en lo más íntimo, tuvo que ser probada en el camino: Ignacio comenzó a tener innumerables problemas concretos. No sabía cómo enfrentar a los de su casa y se escabulló. Temía que lo reconocieran y le causó problemas al mendigo con quien cambió los vestidos. Casi

³⁷ *Autobiografía* 14.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Cartas* 166.

⁴⁰ Rivadeneira dice que: "Fue tanta la costumbre que hizo en esto (de mirar el cielo) que aún le duró después por toda la vida; porque muchos años después, siendo ya viejo, le vi yo estando en alguna azotea, o en algún lugar eminente y alto, de donde se descubría nuestro hemisferio y buena parte del cielo, enclavar los ojos en él; y a cabo de rato que había estado como hombre arrobado y suspenso, y que volvía en sí, se enternecía; y saltándosele las lágrimas de los ojos por el deleite grande que sentía su corazón, le oía decir: "¡Ay! ¡cuán vil y baja me parece la tierra, cuando miro el cielo!". Cfr. P. Rivadeneira, *Vida de San Ignacio*, Apostolado de la Prensa, Madrid, pág. 33.

⁴¹ Así también le sucedió con la purificación de la sensualidad que recibió de la visión de Nuestra Señora con el Niño. Gracia que le produjo el efecto de no consentir nunca más en cosas de la carne, y por este efecto juzgaba que era cosa de Dios, aunque con precaución, dado que no había aún terminado su vida.

mató al Moro que le habló irrespetuosamente de nuestra Señora... Su primera salida al mundo exterior en busca de cosas grandes desembocó en la cueva de Manresa, donde por espacio de casi un año, estuvo ocupado con su interior, haciendo un paréntesis en el proyectado viaje a Jerusalem.

Varias pueden haber sido las razones por las que se quedó allí tanto tiempo, siendo tan grande el deseo que tenía de ir a Jerusalem. Pero lo cierto es que la diversidad y densidad de mociones que asaltaron a Ignacio, pusieron su corazón en tales movimientos espirituales que tuvo que permanecer quieto para atender a lo que sucedía en su interior.

Su corazón fue tentado de muchas maneras. Había recibido la gracia de tomar conciencia de sus pecados y de tanto profundizar en su interior cayó en la tentación de ensimismarse en la culpa escrupulosa, hasta el punto de querer arrojarse en un agujero grande. Al monólogo de los escrúpulos Ignacio aprendió a oponer los coloquios filiales con el Señor, que nos recuerdan a los Salmos:

*"Socórreme, Señor, que no hallo remedio en los hombres... Muéstrame tú, Señor, donde lo halle... No haré cosa que te ofenda"*⁴².

Había recibido la gracia de desear cosas grandes y fue tentado de desmesura, la cual lo llevó a ayunar exageradamente. Sólo la misericordia infinita de nuestro Señor pudo con tamaños ímpetus, tales que ni el confesor había podido equilibrar.

Había recibido la gracia de perder el vano interés por lo exterior y sufrió la tentación de caer en una despreocupación con mucho de rigidez, al dejarse crecer cabellos y uñas. Y estos extremos los encauzó el Señor haciéndole armonizar las consolaciones que tenía con el fruto que podía hacer en los demás. Comenzó a consolidarse aquí el deseo apostólico en su corazón, que luego sería predominante en su espiritualidad.

Se le habían abierto los ojos interiores y tenía muchas visiones e ilustraciones divinas, y fue tentado bajo especie de bien por el mal espíritu, que se le aparecía en forma "muy hermosa, con muchos ojos"⁴³. El Señor le hizo discernir esta tentación, cuando se arrodilló ante la Cruz a dar gracias, luego de la Ilustración del Cardoner, dándole conjuntamente un "muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad"⁴⁴.

En estas luchas Ignacio se adueñó más enteramente de su corazón y comenzó a ejercitar la gracia de ponerlo entero al servicio del Señor.

⁴² *Autobiografía* 23-24.

⁴³ *Autobiografía* 19 y 31.

⁴⁴ *Autobiografía* 31.

Al comenzar a concretar este deseo en las cosas más pequeñas fue tentado, por fin, de pusilanimidad y aprendió a hacer contra, siempre dentro del marco de la obediencia a su confesor, dejando sus últimos dinerillos antes de embarcarse hacia Roma para ir a Jerusalem⁴⁵. Fue entonces que “perdió totalmente” el ansia de “buscar personas espirituales” que lo confirmasen en lo que hacía.

Ignacio nunca dejó de ser un hombre que consultaba a otros y buscaba “salvar la proposición ajena”, pero al ponerse nuevamente en camino hacia Jerusalem, su corazón ya estaba aficionado —consciente y ordenadamente— sólo a Dios nuestro Señor. Era un corazón dueño de sí, libre y consolado, dispuesto a luchar en cada situación concreta para ser enteramente fiel al “Deus semper Maior”. Quiere decir esto que estaba disponible para recibir una misión.

4. El corazón libre y obediente

Y esa misión no sería la deseada por Ignacio. El proyecto de vivir en Jerusalem, haciendo un servicio individual, se convertiría en la misión de fundar y conducir desde Roma a la Compañía de Jesús.

En la Autobiografía, Ignacio hizo ver que fueron muchas las circunstancias por las cuales el Señor lo fue llevando a asumir esta misión, y es de notar cómo destaca el papel que tuvo su obediencia para que esto se concretara. De Jerusalem aceptó irse por obediencia⁴⁶, dejando en claro que era sólo por obediencia y no por ninguna otra razón. Y el voto que hizo con sus compañeros, de ir a “gastar su vida en provecho de las ánimas” en Jerusalem, dependía de que “consiguiesen permiso”, y si no se pondrían a disposición del Papa “para que los emplease en lo que juzgase ser de más gloria de Dios”⁴⁷.

Para Ignacio, la obediencia es una cuestión de corazón. Así lo expresa en las Constituciones. La tensión entre la ley interior de la caridad, y la ley externa de las Constituciones se resuelve sólo en el corazón. La obediencia absoluta del súbdito y el mandar por caridad del Superior sólo es posible entre compañeros de Jesús que se aman de corazón.

Esta tensión entre estar aficionado sólo a Dios y obedecer al Superior puesto por la Iglesia, es fundamental en la Compañía.

⁴⁵ Autobiografía 36.

⁴⁶ Autobiografía 47.

⁴⁷ Autobiografía 85.

Puede ser de ayuda examinar qué papel jugó esta tensión precisamente en la etapa en que, como hemos visto, Ignacio se aficionó totalmente al Señor.

4.1. Dios y el confesor en la Autobiografía

Al estar por partir hacia Jerusalem, Ignacio sentía claramente que su afición la quería tener en sólo Dios. Pero al querer llevar a la práctica esta determinación, se enredó nuevamente en grandes escrúpulos. El problema de si llevaría o no “algún biscocho” para sustentarse lo sumergió en un estado de dudas. Buscó entonces solucionar la cosa poniéndose en manos de su confesor:

*“Y al fin, no sabiendo qué hacerse, porque de entrambas partes veía razones probables, se determinó de ponerse en manos de su confesor: y así le declaró cuánto deseaba seguir la perfección y lo que más fuese gloria de Dios, y las causas que le hacían dudar si debía llevar mantenimiento”*⁴⁸.

El confesor resolvió que pidiese lo necesario y lo llevase consigo. Ignacio le hizo caso y llevó el biscocho necesario. Sin embargo, a último momento, dejó —como dijimos— el poco dinero que había juntado en un banco junto a la playa.

Dos experiencias anteriores pueden ayudar a completar el sentido de ésta. Una fue cuando Ignacio hizo la semana de ayuno como último medio para que Dios le librara de sus escrúpulos.

*“El confesor le mandó que rompiera aquella abstinencia; y aunque él se hallaba con fuerzas, todavía obedesció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de los escrúpulos”*⁴⁹.

Luego le volvieron los escrúpulos y fue el Señor el que “lo despertó como de sueño... y (él) se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas”.

La otra experiencia fue una consulta respecto de una gracia especial que tuvo:

*“Perseverando en la abstinencia de no comer carne, y estando firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana... se le representó delante carne para comer... sin haber precedido deseo della; y le vino juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar en ello, sino determinarse que debía comer carne. Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si era aquello tentación; mas él, examinándolo bien, nunca pudo dudar dello”*⁵⁰.

⁴⁸ Ibid.

⁴⁹ Autobiografía 25.

⁵⁰ Autobiografía 27.

La narración detallada que hizo Ignacio de estas experiencias, dedicándoles tanta atención como a sus visiones e ilustraciones divinas, evidencia las cosas que juzgaba como fundamentales en su discernimiento de la voluntad de Dios: el recurrir habitualmente al confesor, el descubrirle su conciencia con toda la complejidad de mociones que había en ella —las gracias, los deseos, las luchas, los escrúpulos, las razones probables—, y el obedecer lo que le era mandado.

Lo cual, sin embargo, no hacía que los resultados fueran automáticos... Los procesos interiores seguían su curso dentro del marco de la obediencia: los escrúpulos por ejemplo, se los terminó de curar la misericordia del Señor; que podía comer carne se lo dio a entender el Señor claramente desde el primer momento, pese a las dudas del confesor; lo de llevar recursos para mantenerse, lo resolvió Ignacio mismo, llevando bizcocho pero no dinero. Dentro del marco general de la obediencia él mismo se decidió con libertad de espíritu por lo más perfecto.

Diríamos que Ignacio se obligó a sí mismo y obligó al confesor a hacerse cargo de las gracias. No usó la obediencia para librarse de su responsabilidad —que era proporcional a la gracia que iba recibiendo. Tampoco dejó que la visión, quizás más estrecha del confesor, le hiciera reducir la riqueza compleja de esas gracias. Pero subordinaba gustoso, cada vez, lo que sentía en su corazón al molde que su confesor le ponía.

El corazón de Ignacio encontró en la obediencia cordial el modo concreto de ser conducido en la Iglesia jerárquica sólo por Dios nuestro Señor⁵¹. En su corazón, libertad de espíritu y obediencia total no sólo no se oponían sino que se requerían mutuamente y sólo en esas tensiones se manifestaba la voluntad del Señor con toda su fuerza y originalidad.

4.2. *El súbdito, el Superior y el Colateral en las Constituciones*

Estas experiencias de Ignacio, junto con muchas otras, ayudan a ver por qué apela al corazón cuando quiere expresar, en las Constituciones, cómo quiere que se obedezca y que se mande en la Compañía. Ignacio supone que entre sus compañeros se dará un tipo de tensiones que sólo pueden resolverse en el corazón. Es más: Ignacio desea que se den y las provoca, ya que para discernir la voluntad de Dios hace falta que haya movimiento de espíritus.

⁵¹ "Creyendo que entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas (*Ejercicios* 365).

Respecto de los súbditos dice:

*"Sea a todos muy encomendado que usen grande reverencia, especialmente en lo interior, para con los Superiores suyos, considerando en ellos y reverenciando a Iesu Cristo; y muy de corazón los amen como a padres en el mesmo, y así procedan en todo en espíritu de caridad, ninguna cosa les teniendo encubierta exterior ni interior, deseando que estén al cabo de todo para que puedan mejor en todo enderezarlos en la vía de la salud y perfección"*⁵².

Es de notar cómo repite varias veces el concepto de "todo": encomienda a todos, que procedan con caridad en todo, deseando que el superior esté al cabo de todo, para enderezarlos en todo.

Ignacio pide al súbdito que dé todo. Esto significa ver al Señor en su Superior concreto, buscar la transparencia total de vida para poder ser conducido espiritualmente, unir reverencia y caridad filial... cosas que sólo podrá realizar si su amor es "muy de corazón" y tiene al Superior como a un padre.

Respecto del Superior, a quien se debe esta obediencia total, Ignacio también espera que ponga en juego todo su corazón. Son varias las cosas que recomienda, pero es quizás en la imagen del Colateral donde mejor se expresa su concepción de la autoridad ejercida por caridad.

El Colateral es una persona "que no está a obediencia del Preósito o persona a quien se da", y sin embargo —o precisamente por eso— debe tratarlo con reverencia dando ejemplo a los que sí están bajo obediencia. Debe también fielmente informarle y decirle su parecer con libertad y modestia cristiana y luego conformar su juicio con lo que le parece al otro, "si no tuviese mucha claridad de que yerra; y en tal caso debe avisar al Superior" de ambos.

Por su parte el Superior debe tener y mostrar "especial amor y respeto" por su Colateral, conversándole familiarmente, para que tenga más ánimo y comodidad de decirle su parecer y mejor vea en qué cosas le puede ayudar. Y procurar acreditarlo y "hacer que sea amado" de los que están a su cargo.

Hay un texto en que Ignacio designa la función del Colateral como función del corazón:

*"Procure así mesmo el Coterál de acordar cuanto sea posible, los súbditos entre sí y con su Preósito inmediato; como ángel de paz andando entre ellos, y procurando tengan el concepto y amor que conviene de su Preósito, que tienen en lugar de Cristo nuestro Señor"*⁵³.

⁵² *Constituciones* 551.

⁵³ *Constituciones* 661.

SAN AGUSTIN.
LA GRACIA DE PENSAR Y HABLAR

Reflexiones a partir del Libro V de las "Confesiones"

por Ramón Eduardo RUIZ PESCE (Tucumán)

"Semper cogitare debemus de quo digne
cogitare non possumus"

SAN AGUSTÍN

Quizá haya pocas tareas tan actuales y necesarias para la filosofía como la de repensar las *Confesiones* de San Agustín; según Wittgenstein 'el libro más serio que se haya escrito'. El Libro V de esta obra, lo adelantamos ya, puede leerse en su *pars destruens* como una crítica de la razón mágica e impía; su *pars construens* puede a su vez ser leída como una reflexión en torno a la piedad y la gracia de pensar y hablar, de un pensar encarnado y de un hablar dialógico e histórico.

El horizonte del pensar contemporáneo está poblado de ídolos y de "divinidades". Y éste es uno de los signos de los tiempos más elocuentes para una analogía histórica entre el texto de las *Confesiones* agustinianas y nuestro actual contexto. Ahora, en el hoy neopagano, como entonces, cuando Agustín escribía *De civitate dei contra paganos* nos habitan las tentaciones de dejar encantar nuestro pensamiento ya por los ídolos de la pseudosabiduría, ya por los cantos de sirena de la antifilosofía, del ocultismo, de la irracionalidad... o ya simplemente de la pereza del pensar. Esta enumeración obviamente sólo es indicativa y no exhaustiva de lo que se ofrece en el mercado de ideas y creencias del politeísmo cosmopolita y provinciano en el que vivimos, nos movemos y somos.

Hoy como ayer no hay tiempo para pensar. Por retraso o por aceleración el tiempo "se nos escapa", por aburrimiento o por vértigo el conflicto de las deidades en pugna no es sino el escenario donde discurre nuestra confusión intelectual. Y este régimen de confusión mental fue y va acompañado por una confusión moral. El retorno de los brujos, de los magos, de los vagos y de los amentes exalta la positividad de los demonios, ya cribados por la teología judeo-cristiana. La fascinación por lo equívoco y

STROMATA XLVII (1991) 3-4

Y adviértase que Ignacio no sólo prevé la institución del colateral para el caso de un Superior poco "ejercitado" y poco "experimentado" que necesite ayuda, sino también para el caso de que alguno de los que el Superior ha de tener en su compañía "fuese tal, que se pensase que no se ayudaría tanto en estar a obediencia del que tiene el cargo, como en serle *compañero*, y tuviese partes para ayudarle"⁵⁴.

Más allá de su delimitación jurídica⁵⁵, esta imagen del colateral, moviéndose como ángel de paz entre superiores y súbditos, con entera libertad, sin ejercicio de autoridad, con la misión pura de "acordar"⁵⁶ a unos con otros, corona la concepción ignaciana de la obediencia. Es una imagen que no relativiza ni la obediencia ciega por parte del súbdito ni la última palabra que siempre tiene el Superior, sino que las fortalece, mostrando en un ámbito superior, el espíritu con que se tienen que ejercer tanto la autoridad como la obediencia entre *compañeros* —no sólo "súbditos"— de Jesús.

Viene a ser una figura concreta de cómo "de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Sancto escribe e imprime en nuestros corazones ha de ayudar"⁵⁷ para que se conserve, rija y lleve adelante la Compañía. La relación entre Colateral y Superior y la relación entre ley escrita por el Espíritu en los corazones y ley escrita en las Constituciones se iluminan análogamente la una a la otra.

Ciertamente no podemos imaginar el corazón de Ignacio, aficionado sólo a Dios en el Cielo, sin su pasión por ayudar a los que quieren servir al Señor. La imagen del Colateral, con su misión de "ser como ángel de paz" andando entre nosotros, nos da una imagen cercana y real del corazón vivo y glorioso de Ignacio, tal como sigue latiendo en el Cuerpo de la Compañía de Jesús. Y ese mismo corazón se muestra eficaz en los escritos que de él brotaron si uno busca en ellos al que escribió para "aconsejar"⁵⁸ y para "acordar a unos con otros"⁵⁹.

⁵⁴ Ibidem.

⁵⁵ Este oficio de colateral, aunque jurídicamente no se haya abolido, de hecho no existe actualmente. Cfr. *Constituciones* la nota al n. 492.

⁵⁶ Esta es la única vez utiliza Ignacio esta palabra en las *Constituciones*.

⁵⁷ *Constituciones* 134.

⁵⁸ Esto nos recuerda al buscar "consejo" hablando como con un amigo, que sugiere Ignacio al que hace los coloquios en *Ejercicios* (54); y también al papel del que da los Ejercicios, que tiene muchas de las características del colateral.

⁵⁹ Este deseo de "acordar unos con otros" se expresa en las *Constituciones* como "unión de los ánimos", que es fin de la Compañía en torno al cual estructura Ignacio las *Constituciones*.